Eran verdaderas ocasiones. ¡Y él sería tan dichoso sabiendo que todo quedaba en manos de un amigo! ¡El mejor amigo de la pobre querida! Los dos lloraban.

De pronto el modisto se fijó en mí, que, sin llorar y sin desmayarme, mostraba mi tristeza limpia de todo interés.

— ¡Ah! ¡El pobre Darling! Él también está triste. Vea usted: es lo único que yo me llevaría, si usted quisiera cedérmelo. ¡El mejor recuerdo de la pobre querida!

El otro, que vió margen para conseguir una rebaja en la cuenta, subió de punto su afecto por mí, que nunça había demostrado.

—¡Oh! ¡El pobre Darling! ¡Usted sabe lo que significa para mí! ¡El mejor amigo de la pobre querida! Usted sabe que ha sentido su muerte tanto como yo... Vea usted. Todavía la busca por todas partes; todavía espera que vuelva. ¡Él es más dichoso que nosotros!

No era verdad; yo bien sabía que no volvería nunca; lo sabía desde que la vi salir: tú sabes cómo los perros olfateamos la muerte desde lejos. Pero yo iba por la casa buscando siempre en cada habitación el sitio que mi señora ocupaba de costumbre. Aun percibía yo

en todos ellos el perfume de sus ropas, de todo su cuerpo. ¡Aquel perfume de violetas, que me hubiera llevado sin perderme hasta dar con la tierra que la enterraba! Pero esta leyenda del perro fiel que muere sobre la tumba de su amo, de puro vulgar ha perdido su poesía. Temí parecer el último romántico.

Ello fué que el modisto, muy encaprichado conmigo, y mi señor, que hallaba terreno firme a costa mía para desfigurarle la cuenta, se entendieron pronto, y yo salí sin pena de aquella casa en brazos de mi nuevo amo, que en el coquetón cupé, conocido de todo París, antes que a su casa me llevó a comprarme bombones y a encargarme un collar con mi nombre y el suyo, para no descuidar el anunció. Yo estaba contento. Comprendí que no podía haber caído en mejores manos.

Por algunos días pude creer que aun estaba con mi señora: tantos eran los mimos y regalos. Pero, ¡ay!, el modisto, como todo el que por su profesión ha de aguantar impertinencias de mucha gente sin poder manifestar el menor disgusto, desahogaba su mal humor con los de casa, sin exceptuarme, y pegaba con todos. Yo no lo conocía más que de sus relaciones con mi señora, siempre cariñosas; pero no era así con sus oficialas y empleados, ni aun con todas las señoras de su clientela. Claro está que él sabía con quién podía permitirse estos desahogos, porque tenía bastante mundo para ello, y con las clientes de distinción era el mismo que con mi señora, con más respeto por la mayor distancia social.

En cambio, cuando daba con alguna que él consideraba inferior por cualquier estilo, se convertía en un verdadero déspota. Empezaba por negarse a vestirla, fundado en que él tenía su clientela y no podía atender a otros compromisos. Por fin, ante las súplicas, recomendaciones otras veces, casi siempre ante la sumisión, sin regatear a sus precios, se dignaba complacer a la víctima. ¡Pero qué cosas había de soportar! «Señora, con ese peinado no es posible que le vaya a usted nada... Ese corsé que usa usted es imposible. Dirá usted de mi parte a Madame... que le haga los corsés de otro modo; yo no puedo vestirla a usted... Señora, ya nadie lleva las ligas de ese modo... Ese perfume jes de una vulgaridad...!»

La señora obedecía en todo, temerosa de

disgustarle, y a los pocos días parecía transformada, dócil a las imposiciones del tirano, y muy agradecida todavía.

Estas genialidades y la desigualdad de su carácter le hacían muy desagradable; pues cuando le creías más contento y te acercabas más cariñoso, ya había cambiado el aire y te despedía de mala manera, con palabras desabridas o con un puntapié si no andabas listo. No son para mi genio estos caracteres veletas. Así es que pasé mis malos ratos en aquella casa. Para mí no había términos medios: cuando a mi amo le daba la ventolera por mimarme, me traía siempre empachado con tanta golosina, y cuando no se cuidaba de mí, me tenías que hasta pasaba mis hambres.

NINCHI. - ¿Tú también? Eso me consuela.

Darling. — Te diré, hambre de rico; más aún, hambre de gran personaje; pues la verdad es que los criados no me podían ver ni pintado y cuando mi señor no me daba por su mano de lo que él comía, andaba yo muy desconfiado de tragarme nada que viniera de manos de los criados. ¡Les había oído maldecir de mí tantas veces y conspirar en contra mía,

que no era para estar muy seguro!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO HE YES"

NINCHI. — ¡Mala gente es también los criados!...

Darling.—¡Mala gente es toda la que padedece necesidad y servidumbre! Créelo: toda persona bien nacida, de nobles pensamientos y nobles obras, supone por lo menos cinco generaciones con educación y con dinero. Por algo el sentir vulgar estima la aristocracia como el vino: mejor la más añeja. Sólo un gran talento o una gran virtud improvisan nobleza que no viene de casta. Pero Dios te dé siempre tratar con personas de abolengo, de antiguo establecidas, y Dios te libre de los que acaban de llegar, de los que están llegando y, sobre todo, de los que no llegarán nunca.

NINCHI. — ¡Anda, aristócrata! Cómo defiendes a los tuyos... ¡Ya te lo dirán el día de la grande!

Darling.—Mira, Ninchi: esa grande que tú dices, y bien sé la que dices, ya fué el día en que se hizo el mundo; y todas las cosas que son en el mundo y todo lo que podrán los hombres, es cambiar las cosas de sitio, pero las cosas serán siempre las mismas, aunque en distinto sitio. Pero volvamos en nos, es

decir, a la memoria de nuestro ser natural de perros, y no usemos del don de la palabra tan mal como suelen los hombres. A más que de esta discusión sólo puede brotar una luz, que es la del amanecer, que será la señal para no hablar una palabra, pues no quiero pensar si estos pillos que aquí nos tienen en cautividad llegaran a enterarse de que hablábamos, el partido que ellos querrían sacar de esta habilidad nunca vista, explotándonos sin consideración. ¡No quiero pensarlo, que sería nuestra ruina!

NINCHI.—Bien dices; y aunque yo no puedo temerlo tanto como tú, que en fin acaso fuera asegurar mi pitanza, no cambio mi libertad por todos los aplausos de un circo. No quiero gracias que otros exploten, y aun irían diciendo que ellos nos enseñaron a fuerza de trabajos y paciencia...

Darling. — Ninchi, amigo: por lo que más quieras te pido que desde ahora nos juramentemos para no hablar palabra delante de personas, así nos molieran a palos para obligarnos.

NINCHI. — Jurado está. Antes muertos que esclavos. ¡Viva la libertad! ¿Quieres que te

cante algo de la «Marsellesa», que es lo que se canta siempre para estas cosas de libertad?

DARLING. — No; pueden oírte... y no vas a contarme ninguna novedad, a mí que nací y he vivido en Francia.

NINCHI. — Sigue tu historia, que ya estoy impaciente por saber cómo saliste con el modisto; y si no fuera porque te estoy viendo aquí vivo y sano, creería que por fin te habían dado jicarazo los criados. Y es la contra que tiene esto de contar uno mismo su historia, que por muchos lances apurados que cuentes, nunca hay aquel interés de si saldrás o no con vida, pues claro está que cuando lo cuentas, con bien saliste.

DARLING.—Eres plebeyo en tus gustos, Ninchi. Ahora resulta que de toda mi historia, sólo has ido a interesarte por lo del veneno...

NINCHI. — Todo lo que huela a crimen me entusiasma. ¿No has oído hablar de los perros policías? Ahí tienes una cosa que yo hubiera sido. Por supuesto, no para perseguir a los ladrones, sino para despistar a la Policía... ¡No vayas a creerte!

Darling. — Eres de melodrama, Ninchi. Seguiré con mi historia, pero ya descorazonado.

Con quien no le salió la cuenta a mi amo, fué con unas norteamericanas que vinieron sin recomendaciones ni hacerse anunciar previamente. Quiso tratarlas desde su superiori dad de francés y de gran modisto, pero no le sirvió con ellas. No logró asustarlas con dificultades ni con precios; todo las parecía muy razonable: a un artista excepcional hay que pagarle excepcionalmente. Bien pronto fué mi amo el achicado: prodigaban los encargos más costosos con suma sencillez, elegían con un gusto propio tan acertado, mostraban tal conocimiento de cuanto podía relacionarse con el arte de la modisteria artística, que mi señor las escuchaba absorto; nunca le vi tan inferior a las circunstancias. Las norteamericanas eran tres, madre y dos hijas, de airosa planta, muy sueltas de pasos y ademanes, pero sin llegar a la desagradable marimachada. A propósito de vestidos y telas, hablaban de todo con la mayor naturalidad: una de ellas le soltó al modisto una teoría sobre los colores complementarios; otra le expuso una historia del traje femenino, en la vida y en el arte; la madre no sé qué dijo de la ecuación luminosa, hablando de pintores... Y todo esto sin pedan-

tería, sin que nada trascendiera en ellas a mujer sabia; hablaban de todas aquellas cosas con la misma gracia con que otras mujeres juegan con el abanico o con el espejo de mano. Eran encantadoramente modernas. Según dijeron en su charla con el modisto, viajaban por Europa; el marido y padre trabajaba en América; otra hermana recorría Italia con unas amigas; otras dos andaban por Tierra Santa; un hermano estudiaba en Inglaterra, otro en Alemania y otro formaba parte de una expedición al Polo Norte, y éste era el único que las preocupaba algo, no por la suerte que pudiera correr, sino por lo curioso del viaje. ¡Curioso! Era su gran palabra de admiración. Oyéndolas decir ¡curioso!, se comprendía que la curiosidad fuera el primer pecado de la mujer y el principio de la eterna lucha de dolores, de afanes, de grandezas, de miserias, de todo, emprendida por la Humanidad sobre la tierra, para reconquistar algún día aquel Paraíso perdido...

Que a mi señor modisto le conquistaran por completo, nada tiene de extraño: el sinnúmero de toilettes que encargaban a diario y pagaban al contado y sin regatear, era motivo suficiente a su embellement. Pero en mi simpatía no hubo el menor asomo de interés, pues ellas apenas fijaban su atención en mí y nunca me acariciaban, al contrario de otras clientes, que apenas me veían bullir por las salas de prueba me tomaban en brazos, me llenaban de besos y me obsequiaban con exquisitos bombones. Pero tal es la condición canina, y creo que también la humana: el verme desairado bastó para que yo procurara por todos los medios hacerme simpático. Lo conseguí por fin a fuerza de coqueterías, y una de ellas, que, según dijo, se interesaba mucho por los estudios de psicología comparada, propuso a mi amo, no la donación-eran ellas muy prácticas para eso-, sino la venta de mi individuo en el precio que él señalara... Me engañé mucho, porque creí que mi amo no me estimaría para el caso como a un perro, ni siquiera como un recuerdo de su mejor amiga, la pobre muerta, sino como un vestido de su casa, y pediría por mí en consecuencia, seguro de la esplendidez de las compradoras. Por una vez sintióse grande y generoso... Pensándolo después, creo que no dejó de sentirse práctico; aquel rasgo de esplendidez quedaba bien colocado...

NUEVO COLOQUIO DE LOS PERROS

No consintió hablar de precio ni de venta: él mismo me puso en brazos de la que había de ser mi nueva señora, con gran regocijo mío, apenas enturbiado por el despecho de ver cómo aquel gran farsante se desprendía de mí tan sin pena...

NINCHI. — No dirás que soy yo ahora el que califica... ¿Ves cómo no es tan fácil lo de no apasionarse cuando se da donde duele?

DARLING.—Pues ¿qué he dicho?

NINCHI.—Has dicho farsante, y has dicho muy bien. Pero continúa, que deseo saber cómo te fué con esas norteamericanas, que es gente de la que he oído decir perrerías a todo el mundo.

Darling.— Ya sé cuándo y no es para tomado en cuenta. Pues verás: en los primeros días, aquello de la psicología comparada me dió algunos disgustos, porque ello era que mi señora andaba muy metida en estudios con monos y gatos y perros, y, aparte lo molesto de sociedad tan mezclada, eran dos o tres horas de experimentos y de lecciones, en que nosotros éramos a la vez libros, discípulos y maestros. Quería averiguar, por lo visto, el grado de nuestra inteligencia; y aunque yo bien com-

prendía lo que ella deseaba de mí, lo mismo cuando me hablaba que cuando me ponía delante fotografías y estampas, de ella misma y mías, en diferentes posturas, y de otros perros y animales, yo decidí hacerme el tonto y no dar la menor señal de inteligencia, por ver si de este modo se cansaba antes y me dejaba tranquilo. No fué menester mucho; a los pocos días eran otros estudios los que la interesaban: por lo que yo pude enterarme, eran cosas de espiritismo, ocultismo y telepatía. Se encerraba las horas largas con un profesor, un indio, según decían, sin que la madre ni la otra hermana se preocupasen lo más mínimo ni de tales estudios, ni de tales encerronas, ni de semejante indio.

En fin, para no cansarte, en el tiempo que con ellas estuve, ellas se interesaban por todo y cada ocho días por una cosa. Los libros y los periódicos entraban a montones; ellas hablaban de política, de ciencia, de arte, sin desdeñar el dulce chismorreo, como cualquier otra mujer de las vulgares. Se advertía en ellas, sobre todo, el afán de vivir muchas vidas, de vivir intensamente; eran de una raza..., yo no sabré decirte si mejor o peor, pero sí

muy interesante. Había quien se reía de ellas; yo, la verdad, no vi que hubiera por qué reírse.

Pasaron todo el invierno y la primavera en París, y cuando empezó el verano acaso ya no les quedaba nada por qué interesarse y decidieron interesarse por España. En Europa no hay nada más interesante, decían. ¡Las procesiones de Sevilla! ¡Las corridas de toros! ¡Las danzas! ¡Los mendigos! ¡Velázquez! ¡Goya! ¡Zuloaga! Tenían en la cabeza todo el revoltillo español de los extranjeros. No que ellas no supieran que en San Sebastián no habían de encontrarse todavía con Velázquez ni con Zuloaga; pero por la estación veraniega y por la proximidad, a San Sebastián fuimos primeramente. Allí causaron gran sensación y todo el mundo se apresuró a tratarlas, anticipándose a sus deseos; y ellas, que con todo su dineral y sus originalidades no habían conseguido en París, en un año de residencia, lo que aquí en ocho días, estaban entusiasmadas con la sencillez y la hospitalidad y la nobleza españolas. Y ¡qué tendrán esta tierra y esta gente! Por primera vez las vi no interesarse por nada más que en andar de diversión en diversión. Los periódicos y los libros rodaban olvi-

dados, sin romper las fajas y sin abrir los paquetes en que llegaban del correo. Ya no se oía hablar de Wagner, ni de Nietzsche, ni de la cuestión marroquí, ni del probable sucesor de Roosevelt en la Presidencia de los Estados Unidos... ¡Bombita! ¡Machaquito! ¡El joven rey! ¡Los pequeños príncipes! Y todas las historias del veraneo y todas sus insubstancialidades... ¡Ellas, que habían visto las escuadras más poderosas del mundo juntas, se interesaban por un balandro! ¡Ellas, que habían recibido en un yate de su propiedad al emperador Guillermo II, corrían por conocer a cualquiera de nuestros ministros de jornada y hallaban en el presidente un severo aire inquisitorial bien español. No obstante, con todo ese aire bien español, que ellas iban tomando alegremente, la primera corrida de toros que presenciaron les costó venir malas, y en muchos días no dejaron de exclamar a cada momento: «¡Pobres caballos! ¡Pobre toro!» A todo esto, habían comprado un retrato de Machaquito, postales con todas las suertes del toreo y el palco para todas las corridas de la temporada. También hablaron de llevar unos trajes de toreros para sus hermanos.

De mí no se ocupaban ya ni poco ni mucho, pero yo estaba muy satisfecho; así es que tuve un gran disgusto cuando un día en que un criado me había sacado a la calle, como de costumbre...

NINCHI.—¡Tenéis unas costumbres los perros señoritos! ¡Mira que eso de que tenga que sacaros un criado para esas cosas!

DARLING.-¿Y tú crees que es comodidad? Esa es una de las muchas sujeciones y molestias a que obliga la posición social. Por librarme de ellas me había yo desviado aquel día del criado... y por seguir a una perrilla... está visto que las perras han de ser mi perdición... -, cuando de pronto, eso sí que va a interesarte, Ninchi, me veo envuelto en una tela, sin poder chillar ni valerme de ninguna manera; alguien me coge en brazos y echa a correr conmigo... Cuando volví en mí me hallé en un lujoso gabinete, y dos señoras de edad, de muy noble aspecto, se extasiaban contemplándome y ordenaban a un majestuoso criado que me trajera toda clase de golosinas. Aquello me tranquilizó... Poco después supe que aquellas dos simpáticas viejas eran de la más linajuda aristocracia española; las dos solteras, las dos muy ricas y las dos muy devotas; tan devotas y buenas cristianas, sin duda, que aquel mismo día de mi robo y secuestro le decía una de ellas a la otra:

—¡Ay, María Francisca! El perrito es una preciosidad, yo estoy loca con tenerlo en casa; pero esto de haber hecho que lo robaran... Tengo mucho escrúpulo de conciencia. Ahora mismo voy a escribir al padre Dulce para que me diga qué puedo ofrecer en descargo de mi conciencia... Porque, eso sí, el perrito ya no sale de casa; devolverlo, de ninguna manera, aunque me lo dijera el padre Dulce, que sí me lo dirá, porque tiene la manga muy estrecha; pero no le haré caso... Voy a escribirle.

Ninchi.—¡Paramí que podía haberse ahorrado los quincito del sello el demonio de la...!

Darling.—Guarda, Ninchi, que te veo en el disparadero de los calificativos. Pero ¿qué luz clarea sobre aquellos desmontes? ¿Amanece?

NINCHI. — No, aun es temprano... Es la luna, que tras ellos se oculta.

DARLING. — No es la luna, Ninchi; es el alba... Y el gallo y las codornices cantan...

NINCHI. — No es el gallo, no son las codornices..., son los grillos. Aun no amanece...

Darling.—Dejémonos de Romeo y Julieta, Ninchi, que esto es más serio... Y ya me parece que oigo despertarse a esta gente... Recuerda lo que hemos jurado... Silencio; hasta la noche, silencio.

NINCHI. —Y si a la noche ya no estuviéramos juntos...

DARLING.—Lugar habrá, ya que el destino aquí nos ha juntado, para que vuelva a juntarnos nuestra voluntad y terminar de referirnos nuestra historia.

Y en esto quedó por aquella noche. Lo que falta a la historia de Darling, el perro aristocrático, con la historia de Ninchi, el perro golfo, aun más interesante, será asunto de otro nuevo coloquio; sin pensar en que nunca segundas partes fueron buenas, pues con ese temor nunca se hubiera escrito ésta, que ni segunda parte puede llamarse de aquella primera inimitable, que sólo con recordarla aqui creyera ofenderla, y que nunca perdonaríais, lo que no fué atrevimiento, bien lo juro, antes culto de devoción a tan gran nombre.

IPALABRAS, PALABRAS...